

Clara Sánchez

*Un millón de luces*¹

La autora nos presenta, en una narración en primera persona, a una protagonista mujer y escritora —rasgo muy característico de la novela femenina en este último cuarto del siglo XX y comienzo del XXI—, la cual —otro rasgo bastante común de la novelística contemporánea— es una heroína insegura y desvalida a la que su nueva situación, cuando entra a formar parte del competitivo mundo de las grandes empresas, la descoloca y hace que nos haga partícipes de sus dudas y temores, pues, según nos cuenta en varios pasajes, su verdadera vocación es escribir (págs 217, 237...).

A esta inseguridad contribuye también el hecho de que su pareja la ha abandonado, tras una relación de varios años, y ella aún parece no creérselo, pues, tras recibir una llamada, nos confiesa: “Deseo que sea Raúl para pedirme que vayamos al cine esta tarde” (pág. 93). Un Raúl al que añora, a pesar de pintárnoslo bastante burdo en las pocas ocasiones que nos cuenta algo de él. Como cuando la hace de menos por no entender de coches, o cuando le pide que no le llame tanto, porque puede molestar a su nueva pareja. Aunque más adelante, ya avanzada la novela, reconocerá que su historia con Raúl, la única historia en su haber, es “una historia de mierda” (pág 251).

Su incorporación al trabajo en esa Torre de Cristal, que se erige en un personaje más del elenco de protagonistas, es el arranque de la novela. Edificio al que la autora otorga cualidades casi humanas, como cuando nos dice que la Torre empuja a la gente, o se hace copartícipe de sus estados de ánimo:

Durante este tiempo he aprendido a escuchar a la Torre de Cristal, [...] cuando las cosas van a ir bien la Torre es un palacio resplandeciente y cuando van a ir mal es una torre negra y fría y llena de mazmorras. Se diría que sus materiales son buenos conductores de la energía humana, de sus aciertos y fracasos, de sus sueños y rencores. De la misma forma que hay personas a quienes les duele una pierna cuando va a cambiar el tiempo, la Torre sufre averías o resulta adversa y antipática cuando van a surgir problemas. (pág 212).

Y al final de la novela, cuando la empresa ha quebrado, nos dice: *La Torre es un esqueleto sin vida* (pág 348).

Este protagonismo que la autora otorga a la Torre es, según dice ella misma en una entrevista, porque:

¹ Ed. Punto de Lectura, 2004.

“Las torres altas siempre me han parecido una metáfora perfecta del inestable mundo en que vivimos”. [...] “La veo como la materialización de esa sensación de precaria o engañosa seguridad en que sobrevivimos. Para mí la Torre de Cristal es la metáfora de este nuevo mundo, por eso es algo vivo, cambiante, casi fusionado orgánicamente con los personajes que la habitan.”

Todos estos personajes tienen un lado oculto, que iremos descubriendo según le van contando sus secretos a la protagonista. Ella piensa que se los cuentan por su misma insignificancia (de nuevo aflora su inseguridad), como la gente se sincera con los camareros o los taxistas porque son irrelevantes en las vidas de los confesos. Estas historias se van introduciendo en la linealidad cronológica de la trama principal. Incluso su jefe, Sebastián Trenas, del que se nos hace una pintura bastante favorable —Teresa lo llega a tildar de santo, por rescatarla del pub de destape donde se sumía en la depresión—, tiene su Mr. Hyde: nos cuenta que es incapaz de querer a su hija Anabel, pues sabe que no es suya. Y es por este lado oscuro de todos los que comparten su peripecia vital, por lo que la narradora nos confesará al final que quien más pena le da es un desconocido J. Codes, al que robaron su idea del negocio Emilio Ríos y Sebastián al salir de la facultad.

A la narradora, esa mujer insegura e influenciable, que se adentra con temor en el laberinto de la Torre, la autora no quiere darle un nombre, porque:

“Quería identificarme con la narradora tanto que pudiera ver con sus ojos y sentir con sus estados de ánimo, quería apreciar el mundo como si yo fuese otra persona, y el ponerle un nombre inmediatamente rompía esta magia, todos me parecían falsos en ella, todos servían y ninguno, en definitiva no era necesario. Y si no era necesario ¿para qué ponerlo?”

De la protagonista, vamos sabiendo lo que piensa sobre variados asuntos a lo largo de las páginas y así la descubrimos como **un poco ilusa**: en alguna ocasión nos dice que no le interesa el mundo real, y el cierre de la novela nos demuestra la importancia de esta idea: “Está visto que en el mundo real no se puede tener todo.”

No tiene un concepto muy alto de sí misma: cuando Trenas le confiesa que es un inútil, ella compara la autoestima de él con la suya propia: “*Tiene la autoestima más baja que yo cuando la tengo tan baja que sólo quiero dormir para soñar que no soy yo.*” (pág 36). Y se siente **desubicada**: “*pienso que mi sitio debe de estar en otra parte, aunque en el fondo dudo de que ese sitio exista puesto que en treinta años no lo he encontrado*” (pág 38). Por no defender a su jefe en la junta, dice que se considera **una rata**. (pág 81). Aunque, tras

varios meses en la Torre, la fina piel de su inocencia parece ir haciéndose más gruesa: “*Si he aprendido algo sobre mí misma en los últimos tiempos es que no tengo tantos escrúpulos como creía*” (pág 82). Y casi al final confesará: “*Ya no creo en la bondad de Trenas [...] Ya no creo en tonterías*”, la Torre de Cristal la ha vuelto **escéptica** (pág 334).

Tampoco tiene una visión muy esperanzada de la gente: “*a la gente le gusta hablar por los codos [...] pero no le gusta que le pregunten, y desde luego mentirá*” y de su trabajo: “*un despacho es el sitio ideal para desarrollar una buena esquizofrenia*”.

A lo largo de la narración, nos va haciendo partícipes de sus ideas, muchas de las cuales son bastante peregrinas, con un tinte **naif** o **infantiloide**, como cuando nos dice lo que son para ella los detalles monstruosos en una persona (pág 24); o que si un trabajo gusta, no es trabajo (pág 57); o sus reflexiones acerca de lo que se ve o no se ve desde el piso 19 de la Torre: “*a las cucarachas es imposible verlas*” (pág 30).

Ese **simplismo** no está reñido con la **ironía** en ciertos pasajes, como cuando explica que, en el microcosmos de la Torre, “*desayunar juntos es como irse a la cama*” (pág 63). O cuando Vicky le pregunta si a ella la quieren, “*negando con la cabeza, responde: Vivía con uno [Raúl], pero me dejó por otra. Es una buena persona. Creo que me quería un poco, pero no como Polifemo a Galatea*”. También cuando comenta “*esto es lo que ocurre con las situaciones perfectas e ideales, que cuesta sudor y lágrimas mantenerlas*” (pág. 289).

No es feminista —en la pág. 71, nos dice que Lorena, muy agresiva en este aspecto, no le cae bien—. Es más bien **formal** o **tradicional**, casi **leal a la antigua usanza**: “*A mí me molesta que un tipejo, que debe ser más joven que yo, tutee a mi jefe, me molesta mucho.*” Nos cuenta que **no le gusta la aventura** (pág 108), que a sus 13 años “*decidí no volver a mentir ni a masturbarme nunca más. Y me convertí en una tía rara*”. Esa es la visión que nos quiere transmitir sobre sí misma, aunque sabemos que volverá a mentir; y en el lector subyace la sospecha de que, en el fondo, ese “ser una tía rara” no le hace sentirse tal mal consigo misma como nos quiere dar a entender.

Donde si la vemos **desnortada** e **influenciable** es en el mundo de trepas y ejecutivos agresivos donde ha escalado posiciones, como cuando dice que Lorena “*logra que me sienta impura*”.

Con el odio a Teresa, con la que comparte despacho, la protagonista alcanza su punto más bajo: “*Su forma de hablar me inyecta un veneno, bajo cuyos efectos podría ser capaz de matar [...] se diría que estoy poseída por una fuerza maligna*” (pág 246). La Torre de Cristal con Teresa se convierte en la Torre Negra y, angustiada, se plantea abandonarla.

Quizá el personaje menos tortuoso, que pone un contrapunto de normalidad cuando las cosas se ponen más y más truculentas, sea Vicky, la compañera del laberinto, de la cual la

narradora admira su tesón, en una velada confesión de **pusilanimidad** (pág. 132). Es Vicky la que le reprocha su cambio de actitud relacionado con su ascenso en la empresa (pág. 186). No deja de ser paradójico el hecho de que sea ella, la yonqui que se mete de todo, la que en el fondo tenga las ideas más claras y la de actuación más coherente.

La autora hace uso de la prolepsis, para anticiparnos algunos aspectos lo que va a suceder, como si la narradora cumpliera una **función oracular**. Con este procedimiento, el maridaje entre presente y futuro de la narración, Clara Sánchez implica al lector, nos hace cómplices en ese espiar por el ojo de la cerradura las vidas de los habitantes de la Torre de Cristal.

Muy reseñable por lo simbólico y paradigmático sobre la duplicidad de las personas, es el caso de Aurora, la madre de Jano y Alexandro (la autora los denominará Cástor y Pólux en uno de los capítulos de la novela), gemelos por compenetración, aunque hayan nacido con un año de diferencia. Esta Aurora, de la que se enamora el doctor Dorado a pesar de su cara quemada, será completamente otra cuando recupere su belleza tras las operaciones.

En cuanto a los recursos técnicos, aparte de la ironía y los demás mencionados arriba, es de notar que la autora hace poco uso de uno que los novelistas actuales vienen empleando con profusión: las citas literarias, musicales o cinematográficas, aún así, podemos entresacar algunas como la referencia a Bukowski (pág. 317) o a la película de *El graduado* (pág. 321).

Manuel Berriatúa